

sia; pocas veces, sin embargo, tan desconocida. En el siglo XVI los poderes públicos se habían dividido; pero si algunos estaban en frente, los demás continuaban al lado de la Iglesia como hijos fieles y campeones decididos de sus derechos. Hoy, en hostilidad abierta unos, en tibieza vergonzosa los más, no acuden los gobiernos á su amparo; y si su resistencia no fuese otra que la de las instituciones humanas, envuelta estaría ya entre ruínas. Pero si la fe alienta en el momento en que más arrece el peligro, el dolor acongoja ante el frecuente espectáculo de los agravios, y del corazón brota sangre cuando el furor del enemigo acompaña la inercia de los obligados á combatirle. En tales circunstancias lo que no hace la fuerza colectiva del Estado, debe suplirlo la asociación voluntaria de los individuos. ¡Felices los pueblos en que en tales días nada viene á destruir la unión exterior de los que están internamente unidos por una misma fe.»

Se acusa á la Religión católica de los innumerables desastres y horribles pugilatos que tuvieron lugar en aquella prolongada tormenta, y todos los días se recuerda con dañada intención la llamada *noche de San Bartolomé*, noche fatal cuyo solo nombre espanta á los corazones humanos, promovida por la ambición é intrigas de una reina que seguía una política tenebrosa, cubierta aún de siniestro misterio, y por la debilidad y falta de carácter del rey su hijo.

Nos es sumamente sensible tener que refutar con la historia las aseveraciones del señor Draper cuya ilustración se ofusca muchas veces por el espíritu intransigente de secta. En su libro sobre la *Historia de los conflictos entre la Religión y la ciencia*, nos dice: «Nadie puede leer sin espeluznarse las tentativas que se hicieron para establecer la Inquisición en los países en los cuales todavía no existía. Toda la Europa católica y protestante quedó horrorizada por las matanzas de la noche de San Bartolomé en 1572, pues nada hay parecido en los anales del mundo en atrocidad y perfidia.

«Los esfuerzos desesperados del Papado, continúa, para destruir á sus enemigos por medio de matanzas, asesinatos y guerra civil, fueron imponentes... etc.» (Traducción de la casa Perojo: Madrid 1876: Edición económica, pág. 168. Siempre que citemos la obra del señor Draper, nos referimos á esta edición).

El hecho sangriento de la noche de San Bartolomé es histórico; pero el señor Draper olvida como otros muchos, los antecedentes y datos, las situaciones y circunstancias que la misma historia proporciona para buscar la verdad. Los ilustrados é imparciales señores Wachler, Lingard y Döllinger nos suministran abundantes materiales para juzgar sin preocupaciones tan triste como funesto acontecimiento, que los escritores protestantes han explotado á su sabor, des-

figurando de un modo lamentable los hechos que al través de los siglos adquieren distinto colorido á fin de que aparezca como un cargo grave contra el Catholicismo. Sentimos que la índole y objeto especial de este libro no nos permita extendernos cual quisiéramos; mas, á pesar de todo, contestaremos al profesor de la Universidad de Nueva York.

Zwinglio había dirigido su profesión de fe á Francisco I rey de Francia, el cual protegía abiertamente, como hemos manifestado, el protestantismo; de aquí los desacatos, imprudencias, ultrajes y desmanes que contra lo más sagrado y venerando que tiene su Iglesia, sufrían los católicos. La política y el odio personal del Monarca hacia el emperador le precipitaron á grandes desva-



Calvino.

ríos, hasta conquistar las ciudades de Metz, Toul y Verdún con el apoyo de los protestantes alemanes.

La idea religiosa no era la que imperaba en la elección de los reformistas; sólo la política guiaba todas las acciones de aquellos magnates. Así es, que las medidas y resoluciones severas dictadas por Francisco I y sus sucesores Enrique II y Francisco II, fueron estériles y hasta escarnecidas. La herejía fué sostenida por los príncipes de la sangre y los Borbones, siendo rechazada por el condestable de Montmorency y los Guisas que se intitulaban príncipes de Lorena. El matrimonio de Francisco II con María Stuardo, reina de Escocia y sobrina del duque de Guisa, dió gran importancia á estos príncipes, uno de los cuales, el cardenal de Lorena, fué nombrado ministro de Estado y su hermano Francisco generalísimo de los ejércitos.

El partido protestante, llamado *hugonote*, tenía á su frente á Antonio de



Borbón y á su esposa Juana de Navarra; á Luis, príncipe de Condé y al astuto y prudente almirante Coligny. Ambos partidos eran poderosos y temibles.

Las capillas protestantes, según el rito ginebrino, pululaban por todas partes; los católicos fueron atropellados y en el sínodo de París (1559) se había aceptado la doctrina de Calvino. Semejante desacato, tanta audacia y arrojo á pesar de los edictos y ordenanzas publicadas, dió lugar á la ley contra el culto protestante (14 de noviembre 1559). Esta ley se miró con el mayor desprecio, y aparecieron multitud de pasquines subversivos, preparando una insurrección general; pero salvando con toda hipocresía al rey, los príncipes de la sangre real y el Estado. El príncipe de Condé valiéndose de un tal Renaudie, tramó la conjuración de Amboise (1560).

Descubierta la trama por un protestante y salvado el Monarca y su familia del terrible atentado que les amenazaba, dictáronse medidas rigurosas, que evitaron por cierto otra nueva conjuración de parte del mismo Condé que por casualidad pudo salvarse de un justo castigo, merced á la inesperada muerte de Francisco II.

La reina madre, Catalina de Médicis, quedaba de regenta del Reino durante la menor edad de Carlos IX. La política que impulsó á esta señora para sus ocultas tramas, ha sido hasta aquí un misterio. Empero es lo cierto, que su conducta ambigua y sus manifiestas supersticiones llegaron al extremo de casar á una de sus hijas con un Guisa, ferviente católico, y la otra con un Borbón (Enrique, rey de Navarra), que era entusiasta hugonote. Cualesquiera que fuese el desenlace de la lucha religiosa que servía de pretexto, uno de los yernos ocupaba el trono, si con efecto el misterioso horóscopo se realizaba. La descendencia masculina de los Valois, quedó extinguida después con la muerte de Enrique III (2 de agosto 1589).

La conducta de Catalina alentó á los hugonotes, que se desbordaron en sus iniquidades contra la Religión católica, y quien sabe hasta donde hubieran llegado, si Antonio de Navarra no se reuniera de un modo inesperado con los Guisas, con el mariscal de San Andrés y Montmorency, que eran los jefes de los católicos.

Despechada Catalina con esta repentina defección, se entregó á los hugonotes, lo cual dió origen al edicto que concedió á los protestantes el libre ejercicio de su secta y el derecho de reunión; pero con el compromiso de volver á los católicos las iglesias ocupadas (enero, 1562). Muchos pueblos como Montpellier, Amiens, Orleans y el mismo París fueron atropellados, el clero católico se vió despojado de sus bienes, y se amenazó con pena capital á todo aquel que practicase las ceremonias del culto externo; por todas partes se asesinaba á los católicos, y sólo el conde de Montgommery (1569), mató tres mil en

Orthez. Doscientos sacerdotes fueron precipitados en un abismo próximo á San Severo, y, en fin, un sínodo protestante acordó destruir todos los altares católicos. Cincuenta catedrales y multitud de iglesias fueron saqueadas, devastadas ó quemadas.



Francisco II.

El embajador inglés que estuvo muy propicio en este negocio, recibió, quizá en recompensa, las importantes plazas marítimas del Havre y Dieppe y la terrestre de Rouen. El mariscal de San Andrés y Antonio de Navarra habían bajado al sepulcro, y el duque de Guisa estaba herido de un balazo que traidoramente le asestara Poltrot. Este estado de cosas dió por resultado la ordenanza de Amboise, que preparaba una reconciliación; pero nada de esto llegó á rea-



lizarse. Los reformistas continuaron en sus maquinaciones, trataron de apoderarse del rey, y como se les frustrara su intento llevaron á efecto en Nantes la *niquelada*; es decir, que sacaron á viva fuerza de sus casas á ochenta católicos y los arrojaron á un pozo.

Semejante desenfreno traspasó los límites de la crueldad. Sólo recordaremos que un tal Briquemant llevaba un collar formado con orejas de los sacerdotes asesinados por él ó por los suyos. Auxiliados los hugonotes por Inglaterra, el elector Palatino y por los Países Bajos, establecióse una especie de tregua, de la cual resultó la paz de San Germán (8 de agosto 1570), por la que adquirieron el derecho del libre ejercicio de su culto y la aptitud para los cargos públicos de cualquier clase y jerarquía. Los católicos, si bien vencedores siempre con las armas, eran sin embargo siempre vencidos por la intriga y la política.

Carlos IX siempre receloso y ambiguo en su conducta, se entregó en brazos del almirante Coligny; fomentáronse los odios entre la familia real, y la reina madre considerándose ofendida miró con desprecio y horror al almirante, cuya muerte era ya inevitable.

El duque de Guisa fué asesinado traidoramente, y Coligny alcanzó en la corte una influencia extraordinaria y un poder omnimodo. Catalina de Médicis falta de prestigio y valer para con el rey su hijo, vivía mortificada, y por fin el almirante á su vez fué herido también de un tiro. Probablemente no era del todo extraño á este accidente el de Anjou, como tampoco lo sería Coligny al asesinato del de Guisa.

El partido hugonote auxiliado con eficacia por sus correligionarios de Inglaterra y de otros países estaba insolente, los imprudentes socorros ofrecidos á los neerlandeses y la entrevista del Monarca con el almirante, que no sin razón veía en el atentado que por poco le cuesta la vida la mano oculta de la reina madre, fueron circunstancias que obligaron á Catalina, ayudada de su otro hijo Enrique de Anjou, de los duques de Nevers y de Retz, del mariscal Tavannes, del conde de Angulema y del canciller de Birague á descubrir al rey los verdaderos autores del asesinato frustrado. Allí le hizo comprender todas las crueldades, asesinatos, robos é incendios de los hugonotes, sus desmanes y ambiciones, el poder peligroso de Coligny y sus audaces proyectos en unión del rey de España, el estado comprometido de su propia existencia y la de sus mayores deudos y amigos, hasta el punto que Carlos no pudiendo ya defender al almirante, confuso y aturdido, lleno de asombro y estupefacción, consintió en aquella horrosa carnicería.

Carlos IX era un hombre de corazón endurecido, de conducta variable, receloso y hasta cruel y sanguinario. Sin reflexión alguna, acosado por las exi-

gencias de su madre y de varios consejeros reunidos en el Louvre, les dijo con tono sereno y decisivo que *matasen al almirante pero que matasen también á todos los hugonotes de Francia, á fin de que no quedase uno que después pudiese censurársele.*

Todo estaba previsto, todo estaba meditado. Enrique de Guisa que quería



Marie Estuardo, reina de Francia.

vengar el asesinato de su padre, y dos mil hombres á sus órdenes, con una cruz blanca en el sombrero y un lazo también blanco en el brazo, que debía servirles para conocerse, á una señal convenida se lanzaron furiosos y frenéticos á los gritos de *traición* y al toque de rebato contra los hugonotes. Á favor de las tinieblas se asesinaba sin compasión y se degollaba sin misericordia; se satisfacían odios y rencores personales, se realizaban venganzas de partido, y



el pillaje y el robo cubrieron á París con un negro y lúgubre crespón. Carlos IX siempre irresoluto y pusilánime, siempre perplejo y contradictorio, declaró, por último, ante el Parlamento, *que todo se había hecho de orden suya* (28 de agosto).

En otras poblaciones se repitió esta sangrienta escena, conocida en la historia por la *noche de San Bartolomé* (24 de agosto 1572).

Este triste y espantoso acontecimiento fué únicamente político. En toda esta lúgubre historia, en todas las juntas y conciliábulos que tuvieron lugar, la religión era un pretexto, y cuando se arrancó del rey el fatal consentimiento sólo figuraba en la real cámara el elemento militar. El Catolicismo en sus representantes, no tomó la menor parte en aquel crimen sangriento, preparado por la perfidia de la reina Catalina de Médicis y consentido por la debilidad y perversos instintos de su hijo Carlos IX.

Escenas sangrientas que horrorizan y espantan á todo corazón humano realizadas en aquella malhadada noche y continuadas después con atroz encarnizamiento. Hordas de fanáticos desalmados, impulsados por una sed de venganza insaciable, se entregaban al pillaje, al vicio y al asesinato en medio de una orgía infernal y repugnante.

¿Y esta terrible hecatombe pudo apaciguar los ánimos para que la corte y los magnates emprendiesen un nuevo camino más digno, honrado y más conforme con las máximas de la moral? Ciertamente que nó. El rey continuaba en sus indecisiones y veleidades, la reina madre en sus maquiavélicas intrigas, y de aquí resultaron órdenes y mandatos que casi siempre se hallaban en opuestas contradicciones.

Con un cinismo que espanta escribía el Monarca á los gobernadores de las provincias, diciéndoles que aquellos asesinatos se cometieron inopinadamente sin que él tuviera la menor parte en las escenas de la noche y día de San Bartolomé.

El estado intranquilo y exaltado de los ánimos continuaba á pesar de aquella matanza; Nimes, Montalbán, La Rochela y otras poblaciones, se mantenían rebeldes, siendo La Rochela una de las ciudades más tenaces. La reina madre deseaba coronar á su hijo el conde de Anjou, y al propio tiempo prolongar su alianza en la Alemania protestante, la miseria era general, todo estaba paralizado, y hasta una enfermedad extraña á la ciencia auxiliada del hambre, diez-maba los pueblos y los ejércitos de uno y otro bando. Una transacción capciosa acabó, al parecer, con tan horrorosa lucha.

El rey Carlos IX fué perdiendo poco á poco la salud; buscaba en la caza fuertes emociones, alcanzando convalecer de esta dolencia, para oír las exigentes peticiones de los diputados hugonotes del mediodía, las cuales fueron

rechazadas con entereza y dignidad. Sin embargo, las cavilidades de Catalina de Médicis aumentaron su impopularidad, los padecimientos del rey se habían agravado é inspiraban serios temores. Una conspiración que alentaba su otro hijo el duque de Alenzón, fué descubierta á la reina, la cual dispuso que la corte saliera de San Germán, conduciendo al Monarca en una litera para situarse en el bosque de Vincennes. Carlos IX fué agravándose, y lleno de remordimientos bajó al sepulcro el día de la Pascua de Pentecostés del año 1574.

Retrocedamos ahora algunos años para relacionar nuestro relato.

Cristóbal Colón al descubrir un nuevo hemisferio, dió á conocer que la dirección de la brújula no era constante, y González y otros navegantes acabaron de demostrar hacia 1534, que la aguja imantada se desviaba á derecha ó á



Luis II, cardenal de Guisa.

izquierda del meridiano, según la posición del lugar en que se hallaba el observador. La brújula había sido conocida con el nombre de *rainetta*.

Y, puesto que hemos nombrado al ilustre almirante, no queremos, no debemos dejar sin contestación el aserto gratuito que el señor Draper ha echado á volar, siguiendo á otros autores que se precian de eruditos y se hacen eco de una vulgaridad que la historia ha desvanecido. Algunos todavía afirman que los proyectos de Colón hallaron en el claustro de la Universidad Salmantina,—que el señor Draper inadvertidamente llama *Concilio*,—una oposición fuerte y tenaz.

Nosotros algunas veces nos hemos dicho: aunque la tierra donde vivimos fuese llana ó esférica, como dijeron los caldeos, y está consignado en los libros santos; aunque los antiguos de cierta escuela creyesen que al límite de



ella hubiese una montaña muy alta para que el sol pudiera ocultarse durante la noche, ó que se hubiese colocado una BARANDILLA á fin de que algún incauto ó distraído no se precipitara en el abismo; aunque se la creyera cercada por una barrera ó muralla de hielo; aunque el mar tenebroso de los árabes fuese el caos ó *erebo* de los primeros pueblos semitas; á pesar de que estos errores en la geografía y cosmografía, y aun en la cosmogonía y astronomía misma hayan sido objeto de opiniones y diferencias entre los filósofos alejandrinos y de las distintas escuelas que luégo siguieron ó se fundaron mucho después y que tanto preocupan al profesor norte-americano; aunque el proyecto de Colón, —que no buscaba un nuevo hemisferio, y *si* un camino más breve para la India,—fuese debatido, aprobado, modificado ó rechazado por los cosmógrafos del sapientísimo Claustro de doctores y catedráticos de la muy ilustre Universidad de Salamanca, gloria y prez de aquel siglo y de los posteriores y emporio de las letras y ciencias españolas, reunidos en claustro pleno según los estatutos ó bulas de aquellos tiempos, ó bien, que fuese mejor la comunidad de los dominicos de San Esteban la que tuviera la honrosa misión de examinar y dar dictamen al proyecto del marino genovés, porque el claustro, como tal, no intervino para nada, y no un *Concilio* como asegura el señor Draper: ¿Qué *conflicto*, preguntamos nosotros á este profesor, podía todo esto producir entre los santos preceptos de la Religión católica y la ciencia experimental en aquel momento?

Déjense los materialistas y positivistas de nuestros días de soñar conflictos, donde no pueden existir, ni atribuyan á los Santos Padres de la Iglesia conceptos y doctrinas que no les pertenecen, ni han emitido en ninguno de sus escritos; párense un poco los rebuscadores de conflictos; examinen con calma y sin espíritu de secta los libros en que está fundamentada la Religión de Cristo, y los de estas mismas lumbreras del Catolicismo, y sin duda alguna encontrarán como nosotros, algo que explica, si bien de un modo alegórico, sencillo y con el mayor laconismo, la configuración de la tierra y les dará á conocer otras muchas cosas que les tiene alarmados en demasía. Y no se crea que nuestras indicaciones tengan novedad alguna, todo cuanto apuntamos ahora y mucho de lo que daremos á conocer en la segunda parte de este libro, está consignado hace siglos en libros muy conocidos. Refrenen este espíritu de secta que los devora y consume, y verán como los *conflictos entre la Religión católica y la ciencia*, desaparecen como una ilusión óptica, serán pura fantasmagoría. Consulten, ante todo, el libro de los Salmos y de la Sabiduría, y hallarán en estos libros sagrados que se habla de la *redondez* de la tierra y de los habitantes que la pueblan.

Por otra parte, el gran descubrimiento de Cristóbal Colón no cambió las condiciones geológicas, paleontológicas y antropológicas del planeta. El conocimiento del nuevo hemisferio completó el estudio científico de la creación, y como dice el sabio Agassiz en sus especiales y eruditos estudios sobre los terrenos de la Unión americana, demostró una vez más la existencia de un Dios creador, siendo nosotros meros intérpretes de esta suprema inteligencia; probando también la armonía perfecta entre la revelación mosaica y la ciencia de la naturaleza en sus diferentes manifestaciones.

Para reivindicar al respetable claustro Salmantino y comunidad de San Esteban de la orden de predicadores que estaba agregada y formaba parte de él, de las injurias que se le han inferido, copiaremos á la letra el párrafo que dedica á este asunto el señor Don Alejandro Vidal y Díaz, bibliotecario que fué



Enrique de Lorena, duque de Guisa, llamado el Balafré.

en la Universidad de Salamanca y hoy en la biblioteca del Instituto de San Isidro de Madrid, en calidad de ayudante, en la *Memoria histórica* de dicha escuela universitaria (1869). Dice así:

«Ocasión es ésta, y no la desaprovecharemos por cierto, de consignar que la Universidad de Salamanca contribuyó con su ilustración al gran suceso que dió á España un nuevo mundo, prestando su decidido apoyo á Colón en su gigantesca empresa después de haber sido tratado como loco ú oído con indiferencia en Génova, Portugal y Londres. Por más que antes de nosotros haya habido varios escritores que han reivindicado para esta escuela gloria tan inmarcesible, no podemos, no debemos, no queremos nosotros pasar en silencio esta circunstancia, antes por el contrario, estamos en la ineludible obligación de hacer constar una vez más, como dicen escritores de nota, que sin la aprobación de los filósofos y cosmógrafos de Salamanca á la idea de Colón, sin el



apoyo caballeresco del Guardián de Palos, Pérez de Marchena, sin la nobleza de Isabel I, sin la generosidad del convento de Dominicos de San Esteban de Salamanca y el tesón del maestro Deza, catedrático de Prima de la Universidad, no se hubiera llevado á cabo la expedición más gloriosa que el mundo ha presenciado en el descubrimiento de una raza ignorada que recibió de España costumbres, lengua y religión, dándole en cambio tesoros inmensos é importancia política que la puso en estado de colocarse á la cabeza de las naciones más poderosas. Ahora bien; si el convento de Dominicos formaba parte de la Universidad por estar incorporado á ella, si el maestro Deza que como director de la educación del príncipe Don Juan contribuyó tanto á la realización de la empresa, era además catedrático de Prima de la escuela Salmantina ¿se nos podrá tachar de presuntuosos atribuyendo esta gloria más, sobre las muchas que ostentar puede esta célebre Universidad? Para hacerlo nos fundamos no sólo en las razones expuestas, sino en nuestra convicción profunda, opuesta en un todo á la de los que se atrevieron á asegurar que los doctores de Salamanca no ponían dificultades en que pudiera verificarse la ida al nuevo mundo, pero si á la vuelta, que creían imposible; y mientras los que tal dicen no prueban su aserto con documento alguno histórico, nosotros apoyamos el nuestro en muchas autoridades de escritores antiguos y contemporáneos: Fr. Antonio González, Remenzal, Don Fernando Pizarro, Bartolomé Leonardo de Argensola, Dávila, Ruiz y Madrazo, y Doncel.

» Conste, pues, y quede sentado, continua el señor Vidal, que la Universidad de Salamanca no sólo no puso obstáculo al gigantesco proyecto de Colón, sino que por el contrario lo alentó con su protección decidida, con sus favores y luminosos informes y con la influencia de que sus esclarecidos hijos gozaban en la corte, no desmintiendo tampoco en esta ocasión la fama que tenía de ser un gran centro donde se rendía culto á las diferentes manifestaciones de la ciencia, siquiera tuviese que hacer frente á las arraigadas preocupaciones de la época, que siempre, bajo pretextos religiosos, trataban de cerrar el paso á toda idea nueva encaminada á destruirlas.»

Oigamos ahora lo que ha escrito el señor Cavanilles en su *Historia de España*: «No se sabe, que de orden superior fuese Colón á Salamanca á consultar con aquella Universidad que era entonces una de las más famosas del orbe; no hay documento alguno que así lo diga. Mas sino fué por real precepto, iría por su voluntad; pues es lo cierto que se hospedó en el convento de Dominicos de San Esteban; que en él, y en una granja que tenían los religiosos, se celebraron las conferencias, y que fueron los Dominicos los más entusiastas protectores de Colón. Es sabido que entonces ejercían los Padres de esta orden presión sobre el claustro, y no se concibe que la Universidad diese un voto

negativo. El gran protector fué el P. Fr. Diego de Deza, confesor del príncipe Don Juan, catedrático á la sazón de Salamanca, uno de los hombres más eminentes de su tiempo, á quien, según el mismo Colón, se debe el descubrimien-



Iglesias incendiadas en Inglaterra por los protestantes.

to del *Nuevo Mundo*. No habría sido tal vez unánime el dictamen; pero sin duda hubo muchos votos en favor, y la Universidad de Salamanca no merece la nota con que quiso afearla, sin dato escrito, sin apoyo histórico, Washing-



thon Irving. El protegido por la reina y por los frailes no podía abrigar tal recelo, y consideramos esto como una vulgaridad, que hasta entre los sabios hay vulgo.»

Y luégo añade: « Los sabios no lo entendieron. Y en verdad, esto nada tiene de extraño: tratábase de mares no surcados, de países no conocidos; eran comunes los errores cosmográficos; padecíalos el mismo Colón, que colocaba, siguiendo á Marco Polo, al Japón mucho más oriental de lo que se encuentra; que ignoraba la verdadera magnitud del grado terrestre, siguiendo en esto á Alfragano, cosmógrafo árabe, que iba á buscar la India y no podía prever que había de encontrar un continente intermedio. Y si esto pasaba al hombre que de sí mismo dice: « Desde muy pequeña edad entré en el mar navegando, é lo he continuado hasta hoy. Ya pasan de cuarenta años que voy en este uso. Todo lo que hasta hoy se navega todo lo he andado. Trato y conversación he tenido con gente sabia, eclesiásticos é seglares, latinos é griegos, judíos y moros con otros muchos de otras sectas. El Señor en la marinería me hizo abundoso, de astrología me dió lo que bastaba, y así de geometría y aritmética; y en genio en el ánimo y manos para dibujar esfera, y en ella las ciudades, ríos y montañas, costas y pueblos, todo en su propio sitio; » ¿qué extraño que dudasen y vacilasen hombres teóricos, sin tanto motivo de conocer á fondo estas materias? » « Sirve, sin embargo, á extranjeros indoctos, continua el señor Cavanilles, la repulsa que algunos cosmógrafos dieron á Colón para tacharnos de ignorantes. ¿ Sabíase más entonces en el mundo? Génova, la ciudad marítima, ¿ tenía mayores conocimientos? ¿ Teníalos acaso Portugal, el país más adelantado en esta clase de ciencias? Y si como ordinariamente se cree, á Francia é Inglaterra fué Colón ofreciendo en vano su empresa, y si recordamos cuando empezó la importancia marítima de ambas naciones, ¿ podremos figurarnos que estarían mucho más adelantadas? »

Otro historiador (el señor Muñoz en la *Historia del Nuevo Mundo*) hablando del gran almirante Cristóbal Colón, ha consignado lo que sigue: « No alejándose (*en las conferencias*) por una y otra parte pruebas demostrativas, no es de maravillar que los ignorantes persistiesen en sus preocupaciones, y que los doctos, unos suspendiesen el juicio, y otros se dividiesen en varias sentencias. Pero la misma división y el calor de los partidos sirvieron para dar nombre y consideración al sujeto y aumentar el número de sus protectores. Y fué así que Colón se reputó, no ya como un arbitrista vano, sino autor de un designio conducente al bien de la república. Por este concepto se le agregó á la real comitiva, honrándole con la recomendación y las franquicias en alojamientos, caminos y posadas que solían concederse á los que seguían la corte. »



Asesinato del duque de Guisa (23 de diciembre de 1588).



Por nuestra parte, nos consideramos en el deber de decir cuatro palabras sobre tan importante acontecimiento, siquiera sea para satisfacción del señor Draper, y honra de nuestra patria.

Está ya debatido y puesto fuera de duda que Cristóbal Colón buscó la protección y apoyo de su patria primero, y luego de las cortes de Lisboa y Londres antes de solicitar la de los reyes de Castilla y Aragón ocupados entonces en lanzar á los moros del reino granadino de su último baluarte. Es innegable que Colón perdió algún tiempo protegido por el duque de Medinaceli, quien hubiera acometido tamaña empresa de buen grado. Así es, que hasta 1480 no se presentó en la corte castellana recomendado por la benevolencia del magnánimo duque. Natural y lógico era, que mientras el ilustre genovés activaba sus pretensiones, los monarcas hicieran examinar aquellos proyectos por varias personas entendidas que juzgaban del éxito con arreglo á sus conocimientos en cosmografía y filosofía, suscitándose conferencias y cuestiones que el marino defendía con la convicción de su conciencia científica. Sólo la constancia de la reina Isabel pudo aún alentar las proyectos de Colón, sin que tuviera que hacer el sacrificio de sus joyas para realizarlo, como vulgarmente se ha dicho y todavía se cree.

Lo que después opinó la comunidad de Dominicos de San Esteban y otros filósofos y cosmógrafos de la Universidad Salmantina en 1487, se deduce fácilmente de las distinciones de que Colón fué objeto en la corte de Isabel y Fernando, así de los reyes como de los magnates. Claro está, que si el último dictamen hubiese sido desfavorable al gran proyecto, el marino quedaba desprestigiado y le habrían retirado su protección y confianza.

Hasta el otoño de 1491 no se presentó Colón en el convento de la Rábida, donde contrajo amistad con el guardián Fr. Juan Pérez; el cual enterado de sus proyectos y habiendo oído al entendido cosmógrafo de la misma comunidad Fr. Antonio de Marchena, quiso intervenir en tan árduo negocio escribiendo á la reina Doña Isabel, de quien había sido confesor. Véase, pues como de dos personajes distintos se ha formado el Fr. Juan Antonio Pérez de Marchena, que aparece en muchos libros.

No podemos menos de tachar de apasionado y parcial al Sr. Dr. J. W. Draper, cuando á pesar de su sagacidad y reconocido talento rebusca los errores de cosmografía y geografía, pequeños descuidos, sin duda, de las corporaciones religiosas de aquellos tiempos; corporaciones que todo el mundo conviene en que gozaban de alta reputación científica y que á decir verdad, gozabanla con justicia, pues sólo en los claustros podía buscarse en los siglos XV y parte del XVI, una regular y sólida instrucción.

Nosotros damos por supuesto que el claustro de la insigne Universidad

Salmantina hubiera puesto dificultades al proyecto de Colón, ¿qué era aquella junta de sabios más que un *cuerpo consultivo*, el cual debía estudiar el proyecto con calma y hasta con recelo, examinando las teorías y doctrinas de un innovador que llevaba contra sí la repulsa de otras cortes y hasta la cualidad de extranjero?



El almirante Coligny.

Y si al profesor de ciencias, si al ilustre catedrático de química y fisiología de la Universidad de Nueva York, si al autor de un tratado, entre otros de *Fisiología humana*, le ha llamado tanto la atención que al terminar el siglo XV una reunión de sabios pudiera dudar de la certeza ó probabilidad de un proyecto atrevido que estaba en oposición con las ideas generalmente aceptadas por todos en aquellos tiempos, y se manifiesta por ello enojado y algún tanto



desdeñoso y parcial con la Universidad de Salamanca, ¿por qué, preguntamos nosotros, su rigurosa y severa crítica no alcanza también á otras sabias corporaciones, que en tiempos más despejados para la ciencia, han rechazado reformas y proyectos de alta importancia científica? Ahí está la docta y distinguida Academia de ciencias de Francia, á cuyo frente se hallaba el ilustre señor marqués de Condorcet, que miró con el mayor desdén al concluir el siglo XVIII, el proyecto de nomenclatura química que presentó uno de sus miembros, el inmortal Lavoisier, á nombre suyo y de Guytón de Morveau, Berthollet y Fourcroy.

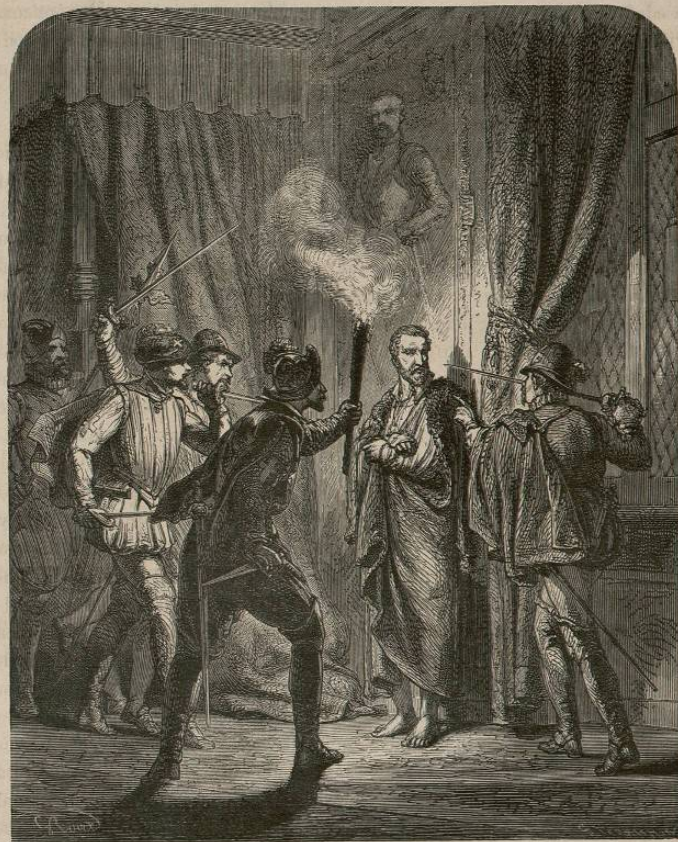
Habían pasado tres siglos, caballero Draper, desde que los monarcas castellanos pidieran informes al claustro de la Universidad de Salamanca, ó á la comunidad de dominicos; las ciencias todas habían hecho prodigiosos adelantos y el materialismo y el racionalismo comenzaban á recoger los sangrientos frutos de sus insensatas doctrinas y absurdas predicaciones. El sabio señor de Bergmann había hecho un llamamiento general á todos los hombres ilustres consagrados al estudio de la química; bien lo sabéis, sólo Morveau respondió á tan justa exigencia. El informe de la Comisión de la Academia de ciencias de Francia, fechado el 13 de junio de 1787, firmado por sus autores Beaumé, Cadet, D' Arcet y Sage y refrendado por el marqués de Condorcet, es un documento que hubiera debido examinar el señor Draper, para que su crítica mordaz é incisiva contra el Catolicismo tuviera las apariencias de justicia é imparcialidad propias del escritor concienzudo. Con estos y otros olvidos que dejamos en claro, hubiera demostrado el profesor norte-americano, que su libro intitulado *Historia de los conflictos entre la Religión católica y la ciencia*, ya que no resolvía ninguno de los problemas fundamentales de actualidad; al menos estaba inspirado por un análisis razonada, imparcial y justa...

Toda vez que Granada se hubo rendido, los reyes activaron la expedición de Colón, que tan beneficiosa y humanitaria había de resultar para la corona castellana.

Volvamos á reanudar nuestro relato.

El sistema copernicano no fué admitido por la generalidad de los astrónomos, sino como una hipótesis probable; y sufrió rudos ataques de otro astrónomo que en su tiempo gozó de justa y levantada fama. Tycho Brahe, nacido el 13 de diciembre de 1546 en Scania y que á pesar de las contrariedades de su padre se había consagrado al estudio de la astronomía. Mereció la protección del rey de Dinamarca, estableciendo su observatorio en la isla de Huene, donde emprendió sus más profundos estudios; impugnó á Copérnico sobre los movimientos de las estrellas fijas, y negó su sistema planetario fundando otro

que puede llamarse ecléctico, según el cual la tierra se halla en el centro del universo y alrededor de ella gira el sol y la luna, y Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno hacen sus revoluciones alrededor del sol. Este sistema, ad-



Asesinato del almirante Coligny en la noche de San Bartolomé.

mitido por de pronto con general aplauso, fué poco á poco cayendo en descrédito, de modo que hace muchos años que pertenece á la historia.

Después de la muerte del rey de Dinamarca, Tycho vióse perseguido, y vino



á refugiarse bajo el manto del emperador Rodolfo que le asignó una respetable pensión, y para que continuara sus estudios le nombró dos auxiliares, Longomontanus y Kleper. El célebre astrónomo que aun conservaba alguna de las preocupaciones de la astrología, murió en 1601 á los cincuenta y cinco años de edad. Tycho-Brahe perfeccionó y mejoró los instrumentos astronómicos. Brillaron también por este tiempo los célebres matemáticos españoles Céspedes, Medina, Rojas, Jerónimo Muñoz, Monzó, Cortés, Rocamora y otros no menos ilustres.

Las opiniones de Tycho-Brahe habían ejercido poderosa influencia durante su época. Gregorio XIII oyendo á este astrónomo, y después de haber consultado á la Universidad de Salamanca, emprendió la corrección del calendario Juliano.

Bruno Jordano (Giordano) nació en Nola á mediados del siglo XVI. Había sido religioso dominico y aunque nunca abrazó la reforma protestante, sin embargo, hallándose en Ginebra se declaró ardiente panteísta. En la mayor parte de sus escritos combate las doctrinas de Aristóteles, y se presenta acérrimo partidario de Raimundo Lull (Lulio), y mejor de Luis Vives. Había recibido generosa hospitalidad en Inglaterra, donde publicó muchas obras, algunas de las cuales eran una burla manifiesta de todas las religiones positivas. Siempre levantisco, guiado por un espíritu reformador y aventurero, le vemos en París declamar contra los aristotélicos; falto de salud y de recursos en Witemberg (1586) continúa sus diatribas atacando al Catolicismo, y publicando nuevos libros, algunos de ellos plagados de excentricidades; pasa después á Praga y luégo á Brunswick (1589), donde es protegido por dos grandes potentados; pero su carácter revoltoso le llevó á Francfort de donde fué expulsado en 1591. En ambas ciudades dió á luz algunos trabajos. No se conoce el motivo que le impulsara á buscar un refugio en Italia que siempre habia sido para él tan antipática y cuya religión y costumbres tantas veces habia escarnecido. Vacilante y atribulado, se entregó á la Inquisición por voluntad propia en Venecia, donde por mucho tiempo permaneció encarcelado, haciéndose repetidas gestiones para que abjurara sus errores dogmáticos; empero perdida toda esperanza y al ver sus perplejidades y contradicciones, fué enviado á Roma (1598). Bruno dijo á sus jueces al ser condenado por violador de sus votos y hereje por el tribunal de la Inquisición: *Tal vez tengáis más miedo al pronunciar esta sentencia, que yo he tenido al escucharla.*

Bruno era un hombre extraordinario que en algunos momentos aparece superior á su siglo. En sus doctrinas como filósofo, es indudablemente el precursor de Espinoza, y sus opiniones científicas encontraron muchas veces favorable acogida entre sus contemporáneos, especialmente en las sociedades

sabias de Italia. La intemperancia y un miedo ridículo ahogaron la voz del sabio que presentaba á la faz del mundo científico sus hipótesis y teorías más ó menos aceptables, hipótesis y teorías reproducidas en nuestros días sin que por ello se haya resentido el dogma católico.

Las obras de Bruno son muchas y variadas, y la que según parecer de dis-



Catalina de Médici.

tinguidos eruditos tiene mayor importancia, se intitula: *De Monade, numero et figura liber consequens quinque de minimo, Magno et Mesura; item de innumerabilibus, immenso et infigurabili, sive de universo et mundis.*

Á pesar de la influencia y de la presión de la escuela aristotélica pura sobre las ciencias experimentales, amanecieron los gloriosos días preparados para Galileo, en los que el pensamiento y el genio, despojados de trabas inútiles, se



zaron á nuevas conquistas. Lejos de difundir sistemas generales y desfigurar con débiles comentarios los trabajos de sus antepasados, Galileo interroga á la naturaleza y busca medios eficaces para penetrar en su santuario; la experiencia y la observación reemplazan á la confianza y ciega credulidad, y desde luego funda sus teorías haciendo obrar los cuerpos artificialmente y midiendo su dirección, su existencia y su energía. Las artes industriales y manufactureras y las ciencias en general, aparecieron como una nueva creación, la estrella de la alquimia corrió á sumergirse en el ocaso, las contiendas peripatéticas perdieron su importancia, y el nuevo astro vivificador destinado por la Omnipotencia á aclarar el vasto horizonte de la civilización, infundió una luz regeneradora que en vano otros filósofos habían procurado buscar.

Con efecto, Galileo, que había nacido en Pisa en 1564, da á conocer las oscilaciones del péndulo y el isocronismo, y de ello deduce un reloj astronómico, que más tarde perfeccionó Huyghens. Sus profundos conocimientos en mecánica y matemáticas le condujeron á inventar la balanza hidrostática, y estimulado por el marqués de Guido Ubaldi, se dedicó á estudiar el centro de gravedad, llegando á descubrir la resistencia del aire en la caída de los cuerpos y la verdadera teoría del movimiento uniformemente acelerado. Hacia el año 1593 dió á la física y á las matemáticas varias máquinas é instrumentos, entre los cuales mencionaremos el *termómetro* y el *compás* de proporción, que se llamó *compás militar*. No contento con haber escrito los *Cuatro diálogos*, que tantos disgustos le acarrearón, publicó la *Gnomónica*, una obra de *Mecánica*, un tratado de *Fortificación* y otro de *Astronomía*. En 1604 probó hasta la evidencia, que la estrella descubierta en la constelación del Serpentario se hallaba más allá de la región que los peripatéticos llamaban *región elemental*, aumentando por esta época la fuerza de los imanes por medio de armaduras convenientemente dispuestas.

En 1600 inventó Galileo el telescopio, ó tal vez lo aplicó á sus observaciones en los espacios celestes, y con ayuda de este instrumento observó la superficie de la luna y la del planeta Venus, con las mismas fases que la tierra; á Júpiter con sus cuatro satélites, la vía láctea, las nebulosas, y, en fin, la inmensidad de los cielos tachonados de infinidad de pequeñas estrellas. Entonces fué cuando descubrió en el sol varias manchas, dió á conocer que los eclipses de los satélites de Júpiter eran de grande importancia para medir las longitudes, y se dedicó con el mayor ahinco á una serie de observaciones de gran interés científico acerca la construcción de tablas destinadas á la navegación.

Hasta aquí la vida del filósofo había sido una serie no interrumpida de triunfos. Dedicado en los primeros años de su juventud á la medicina, que

abandonó para consagrarse por completo á las ciencias físicas, fué nombrado á los 24 años de edad, por la intercesión de los duques de Médicis, catedrático de matemáticas de la Universidad de Pisa: empero profesando en física ideas avanzadas, renunció la cátedra en 1592. Por la influencia de Sagredo, embaja-



Muerte de Carlos IX de Francia.

dor de España y la protección de la república veneciana, ocupó una cátedra en la Universidad de Padua, donde pasó como unos veinte años; pero nombrado matemático del gran duque de Toscana, fijó su residencia en Florencia, y como gozara de la protección y favores de este príncipe, la emulación y la envidia vinieron á turbar su reposo, siendo perseguido por sus émulos. Se ha